



# VIAJE A LA LIBERTAD ECONÓMICA

POR QUÉ EL GASTO ESCLAVIZA  
Y LA AUSTERIDAD LIBERA

**DANIEL LACALLE**

AUTOR DEL BESTSELLER *NOSOTROS, LOS MERCADOS*



**DEUSTO**

# **Viaje a la libertad económica**

Por qué el gasto esclaviza y la austeridad libera

**DANIEL LACALLE**



EDICIONES DEUSTO

# Índice

---

<b>Introducción</b> .....	13
Primera parte	
<b>DESPERTAR</b>	
<b>Capítulo 1.</b> Haz lo que quieras..., pero con responsabilidad total.	19
<b>Capítulo 2.</b> Cómo despertarse de la utopía colectivista en unas vacaciones .....	29
<b>Capítulo 3.</b> Las soluciones mágicas no existen .....	35
<b>Capítulo 4.</b> ¿Cuándo nos convencieron de que intervenir y destruir la moneda es social? .....	41
<b>Capítulo 5.</b> Todo lo que te han enseñado se está derrumbando .	57
<b>Capítulo 6.</b> La libertad no es negociable .....	67
<b>Capítulo 7.</b> Hayek, <i>Baby</i> , Hayek... Y los indignados .....	75
<b>Capítulo 8.</b> Igualdad no. Prosperidad .....	85
<b>Capítulo 9.</b> El cuento del austericidio. Alemania tiene razón ...	97

**Apéndice a la primera parte**

**La opinión de un maestro y amigo ..... 111**

Segunda parte

**VIAJE POR EL MUNDO**

**Capítulo 10.** Estímulos no, gracias ..... 119

**Capítulo 11.** Reagan y Obama. Ni tanto ni tan calvo ..... 131

**Capítulo 12.** Japón. Nuevo perro, viejos trucos ..... 141

**Capítulo 13.** ¡No paguemos las deudas! ..... 151

**Capítulo 14.** La inflación que no existe pero usted paga ..... 165

**Capítulo 15.** Bajar impuestos, ya ..... 175

**Capítulo 16.** Ni paraísos ni infiernos fiscales. Competencia fiscal ..... 189

**Capítulo 17.** No estamos equivocados. Thatcher  
y la importancia del individuo ..... 197

**Capítulo 18.** Hiperregulación, un problema global ..... 207

**Capítulo 19.** Venezuela, el bolivarianismo y la pesadilla del sueño  
colectivista ..... 215

**Capítulo 20.** No llores por mí, Argentina ..... 229

**Capítulo 21.** La lección sueca: Liberalizar y eliminar la «tasa  
Tontín» ..... 241

**Capítulo 22.** Estonia no existe ..... 249

**Capítulo 23.** Deuda destructiva y burbuja de bonos ..... 257

**Capítulo 24.** Europa. Bienestar del Estado  
y desindustrialización. El «Depardieu silencioso» ..... 267

Tercera parte  
**ESPAÑA**

<b>Capítulo 25.</b> Gasto político .....	285
<b>Capítulo 26.</b> Con este paro «sí» se puede .....	307
<b>Capítulo 27.</b> Crear empleo y atraer capital .....	317
<b>Capítulo 28.</b> Bajar impuestos para recaudar más .....	321
<b>Capítulo 29.</b> Más facilitadores, menos obstrutores .....	327
<b>Capítulo 30.</b> Menos gasto público, más apoyo sin coste .....	331
<b>Capítulo 31.</b> Capital riesgo y financiación privada .....	335
<b>Capítulo 32.</b> Acceso a propiedad .....	345
<b>Capítulo 33.</b> Eliminar subvenciones .....	349
<b>Capítulo 34.</b> Aprovechar el despilfarro en infraestructuras y vivienda .....	353
<b>Capítulo 35.</b> Energía abundante y barata .....	357
 <b>Conclusión</b> .....	 369
<b>Capítulo final.</b>	
<b>Los unicornios más peligrosos</b> .....	373
<b>Despedida</b> .....	381
<b>Agradecimientos especiales</b> .....	383
<b>«El decálogo» de William Boetcker</b> .....	385

## **Haz lo que quieras..., pero con responsabilidad total**

«No es por la benevolencia del carnicero, del cervecero y del panadero que podemos contar con nuestra cena, sino por su propio interés.»

ADAM SMITH

*«¿Qué queremos?»//«¡Prosperidad!»//«¿Cuándo la queremos?»//«¡Ahora!»//«¿La creamos?»//«¡Mañana!»*

A lo largo de mi vida he tenido la oportunidad de aprender de personas magníficas que me han ayudado a forjar mi personalidad y mi visión del mundo. Mi padre y mi abuelo, luchadores incansables, son dos de ellas.

Mi abuelo, José Daniel Lacalle Larraga, militar y aviador, ministro del Aire, me repetía una y otra vez: «Piensa por ti mismo». Fue la primera persona que pilotó un avión de noche en España, y nunca lo habría conseguido si hubiese consultado con un comité o si se hubiese ceñido al manual. En cualquier bando, siempre valoró la individualidad, el coraje y la valentía.

Por su lado, mi padre, José Daniel Lacalle Sousa, sociólogo e intelectual de izquierdas, militante histórico del PCE (Partido Comunista de España) y preso político durante el régimen de Franco, ha luchado durante toda su vida contra la injusticia y la opresión. Si se hubiera plegado a las exigencias del consenso, jamás hubiera alcanzado el prestigio con que cuenta entre profesionales y políticos de distintas sensibilidades.

Sí, ideologías opuestas en la misma casa, como en tantas familias españolas. Cuando mi padre fue encarcelado por sus ideas, mi abuelo ofreció su dimisión, y mi padre se negó a cualquier privilegio por ser hijo de ministro. Como el resto de los miembros de una amplia familia, se querían y respetaban, y nuestro hogar siempre estuvo rodeado de amor. Aun discrepando en ideología, ambos han sido para mí un modelo, un ejemplo de coherencia y valor. Lo único que nunca faltó en nuestra casa fue debate y discusión profunda, pero siempre desde el respeto. Lo positivo para mí es que aprendí de todos sin comulgar con ruedas de molino de uno ni otro lado.

Para mí fue un privilegio haber nacido en España y vivir una época convulsa, los años setenta y ochenta, con una democracia muy joven y una economía que empezaba a mirar hacia el exterior. Porque desde pequeños, en casa, en el colegio, en cada familia, las discusiones eran apasionadas y apasionantes, se cuestionaba todo y se saboreaba la libertad como si fuera un manjar. Cada día, en el recreo, en la sobremesa, en la universidad, todas las tendencias políticas y económicas se encontraban para solucionar el mundo. Nada era imposible, desde un extremo al otro todo se podía debatir. Teníamos el mundo por delante. Me duele que treinta años después ese mismo país se haya entregado al «qué hay para mí», a culpar a otros de nuestros males, a que un ente externo nos solucione los problemas, al derrotismo y la indiferencia.

Yo viví aquellos años magníficos, vibrantes, esperanzadores, con toda la intensidad del que descubre cosas nuevas y maravillosas cada día. Y la música fue un referente constante para mí.

Durante mi adolescencia, la música era mi válvula de escape. Soy una especie de enciclopedia andante del rock, ya desde muy pequeño coleccionaba discos y leía sin parar. Siempre me fascinó conocer la vida de los músicos que habían cambiado el mundo y cómo ascendían al estrellato, caían y luego se recuperaban. Gente que arriesgaba todo por un sueño, como Paul McCartney, Neil Young, Gene Simmons, de Kiss, Lindsey Buckingham, de Fleetwood Mac, Brian Wilson, el genio de los Beach Boys, Jim Steinman, David Bowie, los Ramones, etc. Ejemplos no sólo de creati-

vidad, sino de gestión y auténticas lecciones para salir adelante en las condiciones más adversas.

Gene Simmons es el caso más claro de estrella de rock aplicable al mundo de los negocios y la economía. Hijo de inmigrantes israelíes, pobre, con todo en su contra en un nuevo país, Estados Unidos. Cuando era profesor en una escuela le decían: «No pierdas el tiempo, asegúrate un trabajo estable». Casi cien millones de discos vendidos después, y con un negocio multimillonario, Simmons comenta: «Mi héroe soy yo. ¿Por qué? Porque yo era el chico al que increpaban “Eh, estúpido, ¿no sabes hablar inglés?”, y ahora todos ellos trabajan para mí». Es normal que gestionando la banda Kiss haya sobrevivido, y que tras varios episodios de declive se haya fortalecido aún más. A principios de los años ochenta, su grupo perdía popularidad a pasos agigantados tras varios errores garrafales (como hacer música disco, un disco «conceptual» llamado *The Elder*, con una historia inexistente e incomprensible, y una estúpida película de televisión, *Kiss Meets The Phantom Of the Park*, que haría avergonzarse a Ed Wood, famoso director de algunas de las peores películas de la historia, como *Plan 9 From Outer Space*). Kiss llegó a ser el compendio de una sucesión de desastrosas decisiones artísticas y económicas. Dos de los miembros de la banda cayeron en la trampa de la autoconmiseración y las drogas. Sin embargo, Gene Simmons y su socio, Paul Stanley, se reinventaron, sobrevivieron y cambiaron para hacer su grupo, su negocio, más fuerte. Ante la adversidad, no cuestionaban la realidad, no se quejaban —al menos en público—, se adaptaban y crecían.

Uno de mis grupos favoritos es Def Leppard, banda británica sacudida por la tragedia cuando su batería, Rick Allen, perdió un brazo en un accidente de coche. ¿Un batería sin un brazo? Lo lógico hubiera sido reemplazarle y contratar a un nuevo músico. Al fin y al cabo, la banda acababa de vender diez millones de copias de su álbum *Pyromania* y estaba en la cúspide. Sin embargo, esperaron a que Rick Allen aprendiese a tocar con un solo brazo y con una batería que usaba fundamentalmente los pies. Arriesgaron su carrera y su fortuna, y cuatro años después, una eternidad en el mundo de la música popular, lanzaban su obra



maestra, *Hysteria*, con un batería manco. Es uno de los pocos álbumes que cuentan con un disco de diamante por vender más de diez millones de copias sólo en Estados Unidos. Hoy, más de dos décadas después, siguen girando por el mundo con Rick Allen, el manco, tras haber vendido más de sesenta millones de álbumes. De gente como ellos se aprende tanto como de los grandes economistas.

En aquella época, después de clases, mi amigo Nacho y yo nos escapábamos para ver a nuestros disc-jockeys favoritos: Diego Manrique, Rafael Abitbol, Gonzalo Garrido, Paco Pérez Bryan, Juan Pablo Ordúñez (*El Pirata*), Julian Ruiz, El Mariscal Romero, etc. Gente libre que cada día descubría nuevos grupos, que se gastaba su propio dinero en comprar discos de bandas que no publicaban en nuestro país, que ponían en sus programas maquetas —grabaciones caseras— de nuevas bandas. Programaban lo que querían, mezclaban cualquier estilo, no tenían una lista precocinada a la que ceñirse. Creaban tendencia, y ilograban éxitos desde la libertad! Hoy sería impensable que una canción, como «Déjame», de los Secretos, o «Para ti», de Paraíso, se convierta en éxito radiofónico con una grabación casera, antes de ser publicados oficialmente. Hoy el «exitazo sorpresa» es que una señora cante una balada rancia en un concurso de esos en los que lo importante es humillar al concursante con la excusa de la «competición», o que un desorientado invente un baile para el verano.

Para mí, la diversidad de estilos que nos llegaban era fiel reflejo de una época de libertad inigualable. En las salas como El Sol, El Jardín o Rock-Ola, en las tiendas de discos especializadas, como Bangladesh, se juntaban todo tipo de tribus, cada una con sus gustos musicales. Todo el mundo quería crear, montar su propia banda, su sello discográfico, su negocio. Libertad.

En la calle Alonso Cano de Madrid, en un pequeño apartamento, se encontraba la oficina de Discos Dro (Discos Radiactivos Organizados), sello independiente creado para sacar a la luz los discos que los medios establecidos no querían ni en pintura. La «movida madrileña», como le llamó todo el mundo, excepto sus participantes, fue una expresión de esa capacidad de vencer cualquier adversidad con libertad individual y empeño. Las ca-

sas discográficas tradicionales se negaban a editar discos de las bandas innovadoras, la radio-fórmula estaba copada por personajes atroces, como Leif Garrett o la enésima iteración de miembros de Mocedades. Los sellos independientes, como Discos Dro, nacieron por doquier para contrarrestar el anquilosamiento del mundo tradicional. ¿Subvenciones? Ni una. ¿Ayudas? Cero. ¿Intentar copiar los modelos obsoletos? Nada. Todo el mundo, grupos, sellos, mánager, se buscaban la vida individualmente, no esperaban que un programa de televisión les hiciera famosos o que les dieran una ayuda gubernamental. Porque, como dice Gene Simmons, todos eran «sus propios ídolos», y nadie iba a pararnos. Se celebraba como un éxito enorme poder comprar un equipo de luces, o un amplificador. El cantante de un grupo era falangista, el batería de otro era anarquista... Carlos Berlanga, uno de nuestros genios malogrados, decía de Alaska y los Pegamoides, y posteriormente Dinarama, que si toda la gente que dice que asistió a sus conciertos cuando se llamaban Kaka De Luxe hubiera estado allí de verdad, hubieran tocado en el Madison Square Garden, no en un local raquítico. Fue por la influencia cultural y el empuje emprendedor de las nuevas tendencias que las radio-fórmulas y los medios establecidos decidieron adoptarlas. No por su éxito comercial, que fue, siendo generoso, modesto. Las generaciones actuales se llevarían una sorpresa enorme si supieran las cifras reales de ventas de discos hoy considerados míticos.

Recuerdo cómo se celebraba cuando se conseguían vender quinientas copias de un disco. Un sello discográfico, creado con cuatro perras por unos amigos, ponía carteles por toda la ciudad diciendo «edición agotada». Quinientas copias. Carteles pegados por los dueños, que hacían de directivo, secretaria y todas las funciones que fueran necesarias. Era un triunfo, de la libertad.

Todos peleaban por su sueño. El que no sabía tocar, aprendía... en el escenario. Muy poca gente ganó dinero de lo que hoy llaman La Movida, o del heavy nacional. Para muchas generaciones deberían ser ejemplos personajes emprendedores y luchadores, como los disc-jockeys mencionados, Juan Márquez, de Coz, o Servando Carballar, de Aviador Dro.

La enorme mayoría de esos sueños de gloria no se cumplieron. Pero el hecho de que fuera difícil o imposible, que casi nadie viera un céntimo de todo eso y que las probabilidades de fracaso fueran altísimas, no paraba a nadie. Libertad, determinación, no consenso.

Sin embargo, a lo largo de estas décadas, he visto cómo poco a poco se perdió ese espíritu libre que he descrito en ese microcosmos que era el mundo de la música, pero que puede extenderse a muchas otras áreas. Hemos sustituido el deseo de comernos el mundo por unos supuestos «derechos adquiridos» que esperamos que nos mantengan, la cultura de la subvención. Perder la libertad a cambio de una supuesta seguridad.

Aún no hemos perdido la oportunidad de hacer de España un país líder global, donde se creen los próximos Skype (creado por estonios), Google, Amazon o Apple. Este libro nace como una reflexión para no perder esa esperanza y poner las bases para crear un futuro en el que seamos los dueños de nuestro destino. Un viaje a la libertad.

¿Por qué perdemos nuestra libertad?

¿Cuándo decidimos que es una buena idea entregar a otros nuestras decisiones, nuestro futuro y el de nuestros hijos ?

¿Cuándo tiramos la toalla y entregamos libertad por una supuesta seguridad que nunca llega?

¿Cómo un país que ha vivido cotas inimaginables de prosperidad y libertad puede siquiera discutir la posibilidad de copiar a regímenes totalitarios?

¿Cómo llegan a convencernos de que nosotros somos incapaces?

Es un proceso lento, silencioso pero inexorable. En este libro intentaremos explicar por qué la libertad económica es mucho más social que el intervencionismo.

«Haz lo que quieras, pero infórmate y asume total responsabilidad», es una frase que siempre me decía mi padre, y que, para no variar, me repitió el día que decidí estudiar economía en vez de seguir la tradición familiar de ser ingeniero, «que sales colocado».

Mi padre, devorador de libros, tenía miles de obras de políti-

ca económica e historia, incluyendo a Marx, Lenin o Gramsci. Todo eso a mí me parecía normal, y leía esos libros con curiosidad. Una de las cosas que más me impactaban, sobre todo de Gramsci y Marx, era el paternalismo violento en su análisis de la sociedad. El sometimiento al terror del grupo. Como en *La jauría humana* (*The Chase*), de Arthur Penn, se infravaloraba el riesgo de someterse a la masa.

De manera suave, casi insultante, se trata de recordarnos que somos incapaces. Era como leer una novela de terror de Stephen King: todo lo que lees te atemoriza, pero no puedes parar. Me fascinaba que esas doctrinas hubieran triunfado. Y que a pesar de dejar cien millones de asesinados, siguieran defendiéndose. No me extrañaba, es la fascinación que genera el paternalismo, añadido al sentimiento de culpabilidad e inseguridad que inculca.

Al superponer la supuesta «buena voluntad» y el «bien común» se justifica todo. Y al que intenta pensar de manera diferente, se le inculcan sentimientos de culpa. Si no aceptas las reglas, que además no funcionan, «eres un egoísta», o no estás con «el pueblo». Mientras, se lo llevan calentito.

Antonio Gramsci era un intelectual curioso. Sufrió la represión del Estado e identificó de manera brillante cómo se generan estructuras opresoras que cercenan la libertad, pero negaba al individuo y agrupaba a los ciudadanos en clases... Al hacerlo, y aceptar el «sentido común», que es el menos común de los sentidos, como verdad absoluta, planteaba una solución extraña: más Estado, pero liderado por unos intelectuales a los que por su capacidad crítica se les presupone honorabilidad e infalibilidad. ¡Ay!, más de lo mismo, pero con otros sujetando la sartén.

Gramsci decía: «Aceptando el sentido común como un principio de partida, los intelectuales orgánicos del proletariado deben trabajar y centrar la concepción materialista de la vida en este sentido común». Según Gramsci, el filósofo —intelectuales marxistas— es la plataforma de las clases populares para desligarse del grupo hegemónico. Gramsci pensaba que por sí solas, las clases populares no pueden. Por eso, antes que nada, los intelectuales tienen una función educadora. Recurriendo a una vieja experiencia humana que Gramsci toma de Marx, que el educa-

dor debe ser educado, se pasa del colectivismo «paternal» al totalitarismo, que «por el bien del pueblo» asoló Europa entre 1919 y 1939.

¿Por qué menciono a Gramsci o a Marx? Hoy, en gran parte de Europa, por ejemplo, los mensajes de estos intelectuales socialistas están repitiéndose una y otra vez, muchas veces bajo paraguas ideológicos más «vendibles», como soluciones mágicas. «Ideal europeo», «políticas de crecimiento centralizadas», «la Comisión como órgano supremo». La tentación de caer en el totalitarismo y de repetir nuestros peores errores. Eso sí, con «buena voluntad». Da miedo, ¿verdad?

Me aterraba todo esto de partir de la base de que la gente no puede sola y que debe someterse siempre a un intelecto superior que vela por su felicidad. Al menos el pobre Gramsci tenía una perspectiva intelectual. Es curioso, pero leer a estos autores del socialismo y comunismo teórico desde una perspectiva abierta, sin prejuicios, hasta con una predisposición favorable, me hizo reaccionar casi asustado ante la violencia que destilaban. Porque a lo largo de la historia, los mayores descubrimientos y avances sociales se han producido gracias a la contribución de gente que no se conformaba con la norma, de personas que habían desmentido esa idea de que «no puedes hacer nada solo y necesitas que alguien te vigile».

No me convencía el «pensamiento colectivo» que está asociado a la «psicología de la multitud». Los individuos que forman parte de un gran grupo o multitud coherente, sobre todo si el grupo está excitado y sometido a presión emocional, a la hora de refrendar la decisión del grupo pueden verse arrollados, aun cuando esos mismos individuos rechazarían la decisión si se les permitiera reflexionar en solitario. El dramaturgo alemán Schiller comentaba que «cualquier persona tomada como individuo es razonablemente sensata y moderada; si forma parte de una multitud, se convierte de inmediato en un bruto».

Por eso me parece esencial resaltar que incentivar la libertad individual es mucho más social y justo que buscar suprimir el yo ante los supuestos beneficios de la masa. Porque el individuo es más caritativo y generoso que el Estado depredador que

supuestamente administra y redistribuye la riqueza. Si los ciudadanos demuestran, como se ha probado en las mayores catástrofes, su entrega y ayuda por iniciativa personal, ¿por qué tiene que imponerse un gestor de esa ayuda? Y si a la hora de ser caritativos y ayudar a sus semejantes, los ciudadanos por su cuenta «no son de fiar», ¿qué nos hace pensar que un gobierno compuesto por esos mismos ciudadanos va a comportarse de otra manera? A usted hay que convencerle de que el malo es precisamente usted. Que usted no es fiable, y que, por lo tanto, debe entregar su libertad y su dinero a cambio de una supuesta seguridad. Y cuando esa cantidad de dinero se dispara a niveles asfixiantes, la culpa nunca es del administrador, sino de usted, el cliente.

Benjamin Franklin decía que «la sociedad que entrega parte de su libertad a cambio de algo de seguridad no merece ninguna de las dos, y perderá ambas».

Leyendo libro tras libro sobre conciencias de clase y masas ignorantes lideradas por filósofos-padre, no me sorprendía la «superioridad moral autoconcedida» de los líderes de la izquierda política mediática. Y el sentimiento de culpa injustificado que se les inculca a los demás por defender sus intereses y los de su familia. La respuesta estaba en todas esas páginas. Como el padre que atemoriza, sobreprotege y llena de inseguridades a sus hijos, él piensa que lo hace por su bien, y ellos que eso es amor. Sólo que no son nuestros padres, son profesionales con sus incentivos y sus ambiciones. Tocqueville decía que el objetivo del Estado, al contrario del paterno, es anquilosar al hombre en la infancia.

Mi padre era suscriptor de una revista que ya no existe, que se llamaba *Historia 16*. Como pasaba meses enteros aburrido en una casa de campo que teníamos, perdida de la mano de Dios, sin acceso al mundo, una especie de gulag para un adolescente, la casualidad hizo que leyera uno tras otro los ejemplares de dicha revista.

Leyendo libros y revistas de historia, sobre todo de la ensangrentada Europa, no podía comprender que a veces miremos con reverencia, nostalgia y cariño las épocas más terribles de intervencionismo y sus consecuencias.

Y combinando esas lecturas y estudiando economía, me di cuenta de que la historia de Europa y sus terribles conflictos, con millones de muertos, es también la de políticas económicas inflacionistas e intervencionistas. Siempre por «el bien de los demás».

No, no me convencía. Para nada.

Sí, me marcó muchísimo haber nacido en una familia de testarudos y feroces individualistas. Aprendí la importancia del individuo y de la libertad para prosperar y crecer, pero siempre desde el conocimiento y la responsabilidad. Libre albedrío, conocimiento y convencimiento.